

# EPISTOLARIO



# Miguel de Unamuno. «El destino de España y la universalidad de su habla» (Historia de un texto)

LAUREANO ROBLES CARCEDO  
*Universidad de Salamanca*

Un día me comprometí en recuperar las cartas que Unamuno había escrito, con el propósito de publicar, con el tiempo, su *Epistolario*. A lo tonto a lo tonto, pasan ya de las dos mil las que tengo recogidas. En ellas están las claves todas para conocerle, estudiarle y analizarle.

Quien desee escribir un día una biografía sobre él, tendrá que leerlo despacio y cronológicamente. En las cartas va dejando, a cada paso, lo que le está sucediendo, lo que le pasa, hace o acontece; el libro que está leyendo o le gustaría leer; el verso que compone, y las más de las veces hasta lo que le motivó a componerlo.

Quien desee hacer un estudio analítico de su pensamiento deberá también acudir al *Epistolario*, porque en él va dejando caer los textos que está manejando y las reglas de su propia interpretación.

Si una golondrina no hace verano mil anuncian una primavera; una carta puede no ser nada o decir muy poco, dos mil reunidas y clasificadas cronológicamente por años, meses y días, nos permiten de inmediato saber al día lo que le está sucediendo. Su lectura me está llevando a la búsqueda y recogida de aspectos y facetas ignotos u opacos que iré, con el tiempo, dando a conocer, espero, como lo estoy haciendo.

Entre las miles de cartas que Unamuno recibió, hoy guardadas en la Casa Museo de Unamuno, de la Universidad de Salamanca, se encuentran estas dos que le escribió Blas Cabrera. La primera es ésta:

(sello) «Instituto Nacional de Física y Química/Tel. 56629/Serrano, 105/ Madrid (6)/Dirección». Noviembre 1 /934

Excmo. Sr. Miguel de Unamuno

Mi respetable y querido amigo:

El día 12 de este mes se inaugura el Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París. Por iniciativa del Gobierno y nuestro embajador en París, el Sr. Cárdenas<sup>1</sup>, se quiere que concurren a dicho acto las más prestigiosas representaciones de la vida intelectual

1. Juan Francisco Cárdenas y Rodríguez de Riva nació en Madrid. Estudió Filosofía y Derecho en Salamanca, donde conoció a Unamuno (1896-99), y trasladó luego su expediente a Sevilla (SALAMANCA, Archivo Universidad, A-50, 18 fols.)

española y claro es que V. figura en primera línea. Junto con V. irían Menéndez Pidal <sup>2</sup>, (si se le convence), Ortega <sup>3</sup>, Marañón <sup>4</sup>, Juan Lacierva <sup>5</sup> y alguno más.

Esta carta mía pretende adelantarse a la invitación oficial e influir en su ánimo para la aceptación. Se lo agradecerían seguramente cuantos pesan un poco en la vida española y con ellos su verdadero amigo q.e.s.am.

B. Cabrera»<sup>6</sup>

En la segunda se añade:

«Idem. 6/XI/934

Excmo. Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi respetado y querido amigo:

Recibo con alegría la noticia de su aceptación para asistir a la inauguración del Colegio de España que tendrá lugar el día 12 de los corrientes. Estará V. acompañado por Ortega, Marañón, Juan Lacierva, y yo mismo, como V. sospechaba.

Ortega y yo saldremos en el tren-exprés del día 9, Marañón me ha dicho que marchará el 10 y Lacierva viene de Londres en el autogiro.

El Gobierno ha mandado para cubrir los // gastos 6000 fr. por persona, que nos serán entregados en la Embajada de París, a menos de que a V. le convenga otra cosa. Además convendría que enviase V. lo antes posible una fotografía pequeña para extenderle el correspondiente pasaporte diplomático.

Yo pienso hospedarme en el propio Colegio, donde seguramente se alegrarán de acogerle también a V. Lo conozco ya; se está con sencillez y comodidad, salvo tener que almorzar y comer fuera de casa.

Hasta la vista le abraza su buen a. y c.

B. Cabrera»<sup>7</sup>.

La celebración no tuvo lugar en las fechas señaladas, conforme podemos precisar por la documentación posterior.

Entre la correspondencia de Unamuno encontramos también 38 cartas que le escribiera Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes, de Madrid <sup>8</sup>. En una de ellas, escrita el 23 de marzo, podemos leer:

2. Se guardan las cartas de Ramón Menéndez Pidal a Unamuno en el archivo de la Casa Museo de Unamuno, Universidad de Salamanca (M.4,46-48), que pienso publicar en breve. Las de Unamuno a Menéndez Pidal han sido ya publicadas por mí; Miguel de Unamuno. *Epistolario inédito*. Edición Laureano Robles. Madrid, Espasa Calpe, 1991, 2 vols.

3. cf. *Epistolario completo Ortega-Unamuno*. Edición de Laureano Robles. Madrid, Ediciones El Arquero, 1987, 190 pp.

4. Se conocen las que escribió Gregorio Marañón a Unamuno (SALAMANCA, CMU., M.I.107 bis 2).

5. De Juan de La Cierva se guardan 9 cartas a Unamuno (SALAMANCA, CMU., C. 5, 58).

6. SALAMANCA, CMU., C. 1, 26.

7. *Idem*.

8. Sus cartas a Unamuno, que publicaré en breve, se guardan en SALAMANCA, CMU., G. 63, 75 tres.



«23 de Marzo de 1935.

Excmo. Sr. D. Miguel de Unamuno.

Bordadores, 4.

SALAMANCA.

Querido D. Miguel:

Ya sabe V. que la inauguración del Colegio de España, es el miércoles 10 de abril. Hasta ahora tenemos seguridad de que asistirán Ortega, Cabrera y La Cierva. Cabrera piensa salir de Madrid el lunes 8 por la mañana para estar en París el martes por la mañana, es decir, 24 horas antes de la inauguración.

En el Ministerio y en la Embajada desean que dé V. una conferencia o lección en el Instituto de Estudios Hispánicos sobre un tema de su elección, el viernes 12. Si no tiene V. inconveniente en dar esa conferencia ¿sería tan amable que me enviase el título de ella para que se anunciara con anterioridad?

¿Piensa V. venir a Madrid uno o dos días antes de salir para París?

Su siempre afectísimo amigo,

Alberto Jiménez».

La simple lectura de las tres cartas citadas me llevó de inmediato a plantearme estas preguntas: ¿Fue Unamuno a París con tal motivo? ¿llegó a dar la conferencia? ¿De qué habló? ¿Conocemos el texto de la misma? ¿Dónde está el autógrafo?

No conozco desgraciadamente, en este caso, la contestación de Unamuno a las cartas de Blas Cabrera y de Alberto Jiménez; pero en el reverso de la de éste, Unamuno escribió: «Alberto Jiménez-Residencia. Destino de España y Universalidad de su habla. Unamuno. Título es». Se trata, sin duda, del texto de un telegrama por el que Unamuno acepta ir a París y comunica el título de la conferencia a impartir. Unamuno no perdió tiempo en contestar afirmativamente; máxime no costándole dinero, sabido es lo agarrado que fue en cuestiones monetarias. Además, volver a París es siempre un placer para cuantos hemos estado allí.

Las cartas y telegramas entre Unamuno y Alberto Jiménez se entrecruzan. Este vuelve a escribirle el 28 de marzo en estos términos:

«Pinar, 23

Madrid 28 III 35

Muchas gracias, querido Don Miguel, por su amable carta, que recibí algo antes que su segundo telegrama. El de V. venía tan mal redactado por telégrafos que por *universalidad* habían escrito *Universidad* y otras cosas parecidas. Ya se comunicó hoy mismo a París el título de su conferencia (por cierto, enormemente sugestivo), que la dará V. ahora, como le decíamos en el telegrama de Cabrera en el Colegio de España.

Don Blas Cabrera saldrá de Madrid el domingo 7 por la mañana porque necesita estar en París el lunes 8 por la mañana. Es decir, que adelanta 24 horas su viaje. Tanto él como V. tienen sus habitaciones preparadas en el Colegio.- Marañón no podrá ir y lo siente mucho, pero tenía ya un compromiso anterior con un Congreso de Medicina en Orán y no ha habido manera de variar la fecha.- Ortega irá.

Creo que quedará V. bien impresionado de aquello. Hasta pronto, pues.

Su siempre amigo afectísimo

Alberto Giménez»

Así, pues, a tenor de la citada carta, Unamuno salió de Madrid camino de París el lunes 8 de abril de 1935; alojándose, junto con Blas Cabrera, en el Colegio de España en la Cité Universitaire, frente al Parc de Montsouris. Era Ministro de Instrucción Pública, Ramón Prieto Bances<sup>9</sup> y Embajador en París, Juan Francisco de Cárdenas y Rodríguez de Rivas<sup>10</sup>.

Unamuno, a sus setenta y un años, está ya de vuelta de todo. Se halla en Palencia, a donde ha ido a descansar y a pasar una temporada en casa de su hijo mayor, Fernando. La carta que desde allí escribe a su yerno, José María Quiroga Pla, el 27 de marzo, es bien expresiva. Quiero darla a conocer, por inédita y por todo cuanto encierra; capital para algunos aspectos de la vida familiar. Espero no tardar mucho en dar a conocer el resto del *Epistolario* familiar, tan rico en matices y revelador, como se verá. Dice así:

«Memb. Casino de Palencia

Palencia 27 III 35

Querido José María: No bien empezaba a gozar el paro palentino y el ver al nuevo Miguel –Miguel José– que empieza a tomar facha de persona cuando me llegó lo de «Caras y Caretas». He contestado que: «Acepto nuevas condiciones». Porque no voy a pasar por que me paguen lo que antaño me pagaban. A lo de Cabrera he contestado que el título de esa maldita conferencia –con la que no contaba– será: «El destino de España y la universalidad de su habla». Esto se presta a todo y a improvisar cosas pensadas y sentidas en años. Porque la tal conferencia –¡así la parta un rayo!– no será ni leída ni menos recitada. De qué mala gana iré a París! ¡Pero no hay más remedio...! «Amarrado al duro banco de una galera turquesa... etc.». El otro día volví a Guardo. Más de la décima parte de su población, 300 hombres útiles –y proletarios en el estricto sentido, y de numerosas proles– están en el Penal de Burgos. Los hijos atendidos a la caridad oficial y oficiosa y en malos

9. Se conocen 7 cartas y 2 tarjetas que escribió a Unamuno (SALAMANCA, CMU., P. 5, 2).

10. Hay una carta y una tarjeta suyas a Unamuno, que se editan aquí.

viejos locales pues la escuela pública sirve de cuartel al aumento de guardia civil. Este viaje –también Cervera– me ha dado un nuevo artículo –ya tengo para todo abril– titulado: «Páramos y pantanos». Me ha salido muy bien. Y a pensar y sentir los venideros.

De tus desahogos ya hablaremos. O mejor no hablaremos. ¡No te atormentes así! Y trabaja. Trabaja en lo que no te plazca. Es menester que cuanto antes regularicéis Felisa y tú vuestra situación. Y luego lo mejor sería que adquirieses título de archivero bibliotecario. Para el Estado y para mí en uno. Con tiempo conseguiré –creo– que se cree plaza de bibliotecario oficial para esa Facultad de Letras cuya biblioteca acrecentaré yo. Ya sé que a ti se te resistía esa donación –aun condicionada– mía, pero no hay más remedio. Y hay que sacudirse de ciertas voluptuosidades de lector monopolista. Debo mucho al Estado y aún espero debérselo más. Acabaré –¡qué remedio!– por aceptar, esa otra cátedra de momio. En cuanto a la gloria... Y entre todos vosotros, mis hijos, ya pondré yo si no íntima paz –no la tengo conmigo mismo– por lo menos orden. ¿Que os veo a todos de parte a parte? No queráis saber más. Acabé uno de mis mejores sonetos con: «Conócete mortal, mas no del todo!» Y ahora añado: No te empeñes en querer ver del todo como te ve otro, ni tu más allegado. Ahora, sí, déjate de cierta literatura –y que te lo tenga que decir yo!– malsana. A lo hecho pecho. Y a lo por hacer. Y si rehúso en cierto sentido secretario es porque quiero tener secretos que lo sean para mí mismo. Algunos harto transparentes. Además los tiempos se ponen, económicamente, feroces. ¡Fernando tan sereno, tan optimista, tan... ..Lizárraga! ¡Ay, mi Concha! ¡Y ay nuestra Salomé! La de aquí, mi nieta, encantadora. Aguanta ahí todo y a todos los que hay que aguantar. ¡A ver si estalla la guerra antes del día 8!

Llegaré a ésa en este mes

Abrazos al niño y yo os abrazo a los tres. Y luego a los demás. Y nada más, pues vuelvo a recogerme.

Tu padre

Miguel»<sup>11</sup>

A Unamuno, a estas alturas de la vida, no le hace ya mayor ilusión volver a París. Las conferencias le cansan y aburren. No quiere ser manipulado ni utilizado por unos o por otros. No le gusta que le lleven de aquí para allá; pero, volver a París, en esta circunstancia es para él un deber.

El martes, 9 de abril, llegó a París. El miércoles, diez, tuvo lugar la efemérides de la fundación del Colegio de España. El jueves, once, pronunció la conferencia que aquí editamos y de la que hablaré en breve.

Permítaseme rastrear antes un poco lo que fue para Unamuno este viaje. De vuelta, ya en Madrid, escribirá a su yerno, José María Quiroga Pla, el 23 de abril, en estos términos:

11. Propiedad de Miguel Quiroga Unamuno, nieto mayor de Unamuno, a quien agradezco la gentileza de proporcionármela.

«Membrete del Ateneo.

Madrid 23 IV 35

Ya sabrás, querido José María, por Madruga que se nos cita para el día 25 en el Ministerio de Estado, para constituir el Patronato de la Fundación hispano-escocesa Stevenson.

A la vez aún no sé cuándo va a ser la entrega del diploma y medalla de la ciudadanía ésa de honor en que he resuelto leer un pequeño discurso en que he puesto el alma. Recuerdo ¡claro está! mi gran cruz de Alfonso XII y juzgo a los que no quieren comprender mi evangelio de la concordancia de las discordancias. Por otra parte el lopista de Toledo –¡un valenciano!– me ha acometido de tal modo que me ha hecho leer «El Bobo del Colegio». Lo he leído aquí de prisa –tan de prisa como Lope lo escribió– y he visto que se presta a un sabroso comentario sobre aquel pícaro sacerdotal o sacerdote picaresco. El que dice en esa comedia por boca de Garcerán: «¡Ay de mí que ya no puedo + vivir sin ver lo que vi!» Y lo que vio fueron desnudeces carnales –no espirituales– de Fulgencia. Y algo sobre la fe (?) de aquel pícaro sacerdotal realista, esto es: racionalista que sólo creía en lo que veía. O mejor en lo que tocaba. Hay unos versos, exquisitos, sobre las naranjas de Valencia. Debieron de parecerle tetas, no ya sonrosadas sino en carne viva.

Vi en «Ahora» mi artículo del día 19. No sé si han publicado otro. Yo llevo escritos aquí dos nuevos, uno sobre el Café de Chartres de un rincón del Palais Royal, encantador retiro a que me llevó primero hace diez años, en mi otra estancia en París, Ramón Prieto Bances. El otro artículo es contra las conferencias por mor de los extractos.

Estuve a ver a Gabriela que estaba en cama. Quedé con ella en volver mas no sé si será posible con este ajeteo. También quiero ir, antes de volverme, a ver a tus padres.

Esto incommovible.

He descubierto que el P. Laburu, mi paisano, es un doble del doctor Asuero y que sus oyentes van a oírle por las narices a ver si con el toque de su verbo quirúrgico en el trigémino les cura la perlesía espiritual.

Ayer me habló el ministro de I.P. del arzobispo de Toledo, Gomá, a quien le oyó en no sé qué acto un discurso y que resulta ser otro desertor del arado o de la azada, pesado y toscó. Lo mismo me ha dicho Morente que le oyó en Buenos Aires.

Hay que hacer copias –a poder ser en multicopista– de «Raquel» aunque pienso sería mejor una pequeña tirada, en hojas sueltas, como de periódico, para disponer de ella. Ahora me la piden para la Guerrero-Mendoza. Y se la prometí a la Membrives, que no la tenía. A ver si logro algo en el teatro, a pesar de lo mal que anda.

Estoy rabiando por dejar este Madrid que fundamentalmente me repele –hasta cuando me atrae (paradoja llaman los mentecatos a esta figura)– y volver a esa mi –nuestra– Salamanca.

Ya te contaré cosas que supe en París y otras que he sabido aquí, en el Ministerio, de la pequeña tropa Esperabé. Al Jesús hubo que echarle del Colegio Español de allí. El pobre Villalobos ha salido hartó de ellos. Llegaron a dar órdenes a su nombre sin contar con él. Es todo ello de un cinismo de imbéciles que no tiene nombre.

Voy al anochechar a la tertulia de la «Revista de Occidente» mas de esto ya te hablaré ahí. Ortega sigue en crisis.

Ayer tarde fui al Café Español en busca de San Antonio Machado –qué maravillas está escribiendo– y me encontré con que se ha cerrado el café y se alquila el local.

He visto también a Don Manuel Bartolomé Cossío.

Y a defenderme de invitaciones, a conferencias, de peticiones de prólogos y de señoritas de álbum.

No he visto a Olarra y quisiera verle antes de volverme.

Marita y Ramón, bien.

Y ahora os vuelve a juntar a los míos de mi casa, y en medio Miguelín, con un fuerte abrazo vuestro padre

Miguel»

Paso de comentar aquí la serie de pormenores de la carta, que me llevaría lejos, alejándome de la línea, objeto del presente estudio. El 25 de abril el Embajador de España en París, que había estudiado en Salamanca<sup>12</sup>, le escribía a Unamuno en estos términos:

«(Sello) Embajada de España/en París.

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mil y mil gracias querido Dn. Miguel por su cariñosa carta. Cuanto en ella me dice, viniendo de quien viene y dicho como Vd. sólo sabe hacerlo me ha colmado de satisfacción.

Fue también para nosotros motivo de especial regocijo el tenerlo entre nosotros aunque sólo unos cuantos días y vivamente deseamos que encuentre V. nuevamente motivo suficiente para que repita su visita.

Mi mujer me encarga le agradezca en su nombre las amables frases que le dedica y los dos le enviamos un mismo y afectuoso recuerdo.

De Vd. atento afmo. y agradecido amigo

Juan F. de Cárdenas

25 IV 35»

Y volvió a escribirle el 24 de septiembre:

«El Embajador de España. París 24 de Septiembre 1935

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: La valija, me ha traído su retrato en el que ha tenido la atención extrema de escribir una dedicatoria que me llena de orgullo, por venir de quien viene, y que me obliga aún más a perseverar en el camino emprendido.

Mil gracias querido Maestro y un abrazo de su viejo alumno de Salamanca que le quiere y le admira.

Juan F. de Cárdenas<sup>13</sup>.

12. SALAMANCA, CMU., C. 3, 30.

13. *Idem*.

Más expresiva, si cabe, que la carta que le escribiera su yerno, José María Quiroga Pla, es otra que Unamuno escribirá desde Salamanca (17-XII-1935) a Ramón Pérez de Ayala, que se halla en Londres y a donde ha de ir para ser investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford. La reproduzco en su integridad por los aspectos humanos que el propio Unamuno nos cuenta de sí mismo. Dice así:

«Sr. D. Ramón Pérez de Ayala

Londres

«Mi siempre querido amigo: Anteayer les puse sendos telegramas a usted y a Pastor aceptando la propuesta y hoy les escribo a ambos.

Ante todo, y para dejar desbrozado el camino, he de decirle que ni usted debe hacer saco de *cabotinajes* con que puedan haberle ido, como yo no he hecho con otros que me han venido. Ya habrá ocasión de hablar de ello.

En cuanto a la invitación de ir a esa Inglaterra, cuya historia, literatura y vida tanto he estudiado, figúrese usted... No la he visitado antes nunca y aunque leo corrientemente el inglés –aun el más enrevesado– lo entiendo oído con gran dificultad y no lo hablo. Pero esto no es un obstáculo. Ahora sí, debo decirle algo. Hace tres meses cumplí mis setenta y un años, y aunque nunca he gozado de mejor salud y no tengo ninguno de los achaques de mi edad, empiezan a molestarme los viajes –prefiero una caminata entre montañas a un día de tren– y, por otra parte, mis circunstancias personales, privadas, las familiares y las nacionales me tienen en tal estado de ánimo que me cuesta tomar resoluciones definitivas a plazo fijo.

Pero ahora viene lo más engorroso y que usted, que creo me conoce algo, habrá de entenderlo. He llegado a eso que se llama «tener cosas» y a pasar por un tanto extravagante y aun *shoking*. Y me duele mucho ser tratado como excepción. Y al caso. Fui a París a la inauguración del Colegio Español en compañía de Blas Cabrera, José Ortega, Cierra y otros, y no sabe usted los ratos que pasé avergonzado –así– de mí mismo. Todos se portaron conmigo no ya correcta, sino afectivamente, pero en ciertas comidas de etiqueta o gala yo aparecía como un aldeano. En el homenaje que se me hizo al jubilarme la cosa no fue tanto, pero salí decidido a no volver a enmascararme. Este año fui invitado a Portugal. Iban Duhamel, Maeterlink, Mauriac, Curtius y otros varios. De aquí, de España, Maeztu, Fenández Flórez y algunos más. Y en los banquetes seguía pareciendo como un aldeano. Pero no puedo, es una verdadera enfermedad. Ponerme a tono o a forma con los demás me costaría una verdadera angustia. Como que es esto –no se me ría usted– una de las cosas que más me impide resolver a hacer mi ingreso en la Academia Española, en la que somos varios –usted entre ellos– los que estamos a la puerta. Baroja, con pasar por más ogro –mejor, más aldeano– que yo, ha tenido más fortaleza de ánimo. Y lo que me duele es que se crea que es afán de singularizarme. ¡No! No voy a andar vestido de charro o de aldeano vasco como Tolstoy de mujic, pero... Comprendo que lo hondamente humano, lo normal, es ponerse a tono con convenciones de mutua convivencia, mas no es cosa de razonar. Las pocas veces –hace años– en que me rendí sé lo que sufrí. Y ahora, con la edad, es una enfermedad incurable. Y cuando me dicen: «Usted puede ir adonde quiera, como quiera, porque usted es usted», creyendo halagarme me hieren. Es una de esas cosas que más me atosigan.

«Bien –dirá usted–, ¿y a qué viene esto?» Pero no, no lo dirá usted. Le temo a Inglaterra, le temo a esa sociedad. Y eso que me figuro que la verdadera calidad de *gentleman* es algo de otra clase que se supone. Y no se sonría de mis pequeñeces.

Y no sigo por ahora.

Por lo demás, ver eso, conocer ahí gente, respirar ese aire espiritual... Y quién sabe si volveré aliviado de alguna de mis rarezas y de mis aldeanerías de ciudad. (Mejor villa, que mi Bilbao lo es).

Usted conoce sin duda a mi traductor, Crawford Flicht. ¡Qué hombre! ¡Qué verdadero hombre! ¡Qué hidalgo! Salude también a Luisito Calvo.

Y crea, se lo repito, que ha sido y sigue siendo su leal y fiel amigo

Miguel de Unamuno

Salamanca, 17-XII-35»<sup>14</sup>.

Todo ello y mucho más es lo que nos dio don Miguel en el artículo «Comentario. Hombres de Francia francesa», publicado en el periódico madrileño, *Ahora*, el 15 de mayo de 1935.

\* \* \*

#### HISTORIA DEL TEXTO

Es ya hora de que hable del texto de la conferencia que Unamuno pronunciara en París el jueves 11 de abril de 1935; texto inédito que aquí damos a conocer por vez primera. Sin lo que antecede no hubiera podido hacerme con él.

Unamuno, como cualquier intelectual, tuvo sus propios métodos de trabajo; métodos que es preciso conocer para acercarnos mejor a su talante mental.

Apenas recibida la invitación para ir a París, Unamuno se puso a trabajar en la elaboración del texto. En un primer momento fue escribiendo en un papel cualquiera las primeras ideas que le vienen a la cabeza<sup>15</sup>. No están estructuradas. Cuatro términos escuetos, apenas enunciados, que le sirvan de pauta para lo que escribirá luego.

Posteriormente, sobre ese primer esbozo, va pensando y ampliando las cosas. Las ideas afluyen a la mente. Los conceptos se perfilan. El texto va adquiriendo forma<sup>16</sup>. A las veces; no es éste el caso, Unamuno escribe y transcribe los textos de aquellos autores en que se inspira; textos que le sirven luego de guía en la creación o concreción de su pensamiento. A la hora de analizar los textos de Unamuno no conviene precipitarse. Es cierto que utiliza, como cualquier intelectual, textos y autores en su trabajo, en ocasiones hasta el servilismo. Pero en Unamuno todo texto utilizado por él tiene un matiz nuevo; no lo hace para repetir lo mismo o decir las mismas cosas, sino que, a partir de él, el pensamiento se va ensanchando; las ideas van tomando matices nuevos; las cosas comienzan a verse desde otras perspectivas.

14. Agradecería a cuantos me ayudasen dándome noticias del paradero de alguna de las cartas de Unamuno, para poder ir completando el *Epistolario* que preparo.

15. Documento I.

16. Documento II

El texto definitivo queda finalmente redactado y preparado, como si tuviera que ir a la imprenta. Unamuno nunca aprendió a escribir a máquina<sup>17</sup>; siempre utilizó la estilográfica. Cada vez que tenía que remitir a la imprenta uno de sus textos, para ser compuesto, o entregar una conferencia, para que la leyeran por él, Unamuno lo escribía con la mayor nitidez y pulcritud. Tuvo una letra regular, clara, de rasgos precisos, preciosos y uniformes; reflejo todo ello de la madurez de su personalidad viril y regia.

Aunque Manuel García Blanco publicó en 1966 las llamadas *Obras Completas* de Unamuno (Madrid, Ed. Escélicer, 9 vols.), es de sobra conocido, entre los especialistas, que a estas alturas aún no disponemos de una edición total de su obra literaria. Falta su *Epistolario*, en el que personalmente estoy trabajando. Falta la obra primera; los escritos filosóficos con anterioridad a 1900. Faltan los artículos de prensa, cuya recopilación darán más de 25 volúmenes de más de 500 páginas el volumen. Llamo la atención sobre ello porque creo que en ello radica la obra política de Unamuno.

No hay hecho importante en la historia, preferentemente española, en el que Unamuno no haya tomado partido. Sus artículos de prensa, una vez recogidos, serán el mejor documento histórico para el análisis de las situaciones concretas. Unamuno no se mordió la lengua. En cada momento dijo lo que tuvo que decir, sin servilismos al Gobierno de turno. Unamuno fue el prototipo del intelectual, que siendo fiel a un modelo de pensamiento, tuvo la valentía y el coraje de llamar las cosas por sus nombres: reconociendo las bien hechas, y criticando las mal realizadas. Si el Gobierno tiene el deber de llevar a cabo la gestión pública, Unamuno no fue el típico *intelectual orgánico* que sirve al poder o se sirve de él, sino que puso su mente al servicio de la causa recta: ayudando al poder a hacer bien las cosas, o diciéndole lo que debe ser hecho; pero también criticándole la mala gestión realizada. Su actitud intelectual no fue crítica por sistema, porque el intelectual no tiene por qué serlo, pero siempre fue crítico con la acción mal realizada: viniera ésta de sus adversarios políticos o de sus propios compañeros de fila.

El texto de la conferencia que aquí publicamos no sigue las reglas de sus propios escritos. Éste es un texto condensado, sintético, en el que Unamuno quiere dar (como en píldoras) todo cuanto ha pensado a lo largo de sus años, lo que ha venido diciendo de palabra o por escrito. Para entender correctamente lo que nos dice en él sería preciso leer cuanto anteriormente ha venido afirmando.

En los artículos de prensa Unamuno emplea la economía como regla de juego. Así, por ejemplo, en *De vuelta*, publicado en el periódico de Barcelona, *Las Noticias* (15-IV-1902), escribe:

«Y ahora al observar que vuelvo á repetir fórmulas que estampé al principio de estas líneas, caigo en la cuenta de que se me va acabando la cuerda de este artículo, porque si bien se me ocurre algo más, la ley de la economía literaria exige que distribuya mis ideas entre diversos escritos y no que las conglomere todas en unos pocos. Hay que saber distribuir los pensamientos o temas y luego saber alargarlos y ponerles variaciones.

17. Documento III; cf. *Epistolario inédito*, Cartas 197+, 385, 477.



Esto de la economía literaria no es más –ya lo habrás comprendido,– que una de tantas farsas como inventamos los escritores para disfrazar con supuestos preceptos literarios razones de orden económico, pero del orden económico pecuniario. El que un drama tenga cinco o tres actos no responde a razón alguna estética, sino a que así se cobra más. Y del mismo modo esto de distribuir y alargar mis ideas no es para que las recibas mejor dispuestas, sino porque si las meto en un solo artículo, cobro por él  $x$  y si las distribuyo en tres, cobro  $3x$ , y es evidente de toda evidencia que si con  $x$  me mantengo dos días con  $3x$  me mantendré seis días y yo tiro a mantenerme sobre la tierra el mayor número de días posibles. De por qué tiro a esto te enteraré otro día, lo cual me dará ocasión para otro artículo, que es lo que voy buscando.

Otras ventajas tienen para mí estos articulitos y es que como soy escritor ovíparo me sirven de huevos para obras posteriores y más extensas.

Al leer lo de que soy escritor ovíparo has hecho un gesto, un leve fruncimiento de cejas, que quería decir: «¿qué es esto?» y a satisfacer tal curiosidad dedicaré otro, artículo.»

Idea que vuelve a repetir en *Un artículo*, publicado en *El Noticiero Salmantino* (10-V-1902).

Aquí, cada punto es una idea distinta que tendríamos que completar con aportaciones de otros escritos, y muy especialmente con *Comunidad de la lengua hispánica*<sup>18</sup>. Se trata de una conferencia radiofónica dada por Radio Prieto, de Argentina, cuya emisión fue patrocinada por el financiero hispanista argentino, Virgilio Grego<sup>19</sup>. El director de «Ciudad», Eduardo Blanco-Amor, remitió a Unamuno la copia del discurso (Madrid, 23-V-1935), incluida luego en el libro *Diez Maestros*<sup>20</sup>. A ella habría que añadir los *Comentarios Quevedianos*, de este mismo año. Pero, en fin, se publicó en el diario madrileño, *Ahora*<sup>21</sup> e *Invidiados y envidiosos* lo fue en el mismo periódico<sup>22</sup>. La lectura del *Epistolario* me permite decir que Unamuno, en sus años finales, pensaba componer unos *Comentarios a Quevedo*. Los dos artículos señalados son, sin duda, un anticipo de lo que pensaba hacer.

Al lector corresponde ahora leer el texto: analizarlo, estudiarlo e interpretarlo. En él está el pensamiento total de Unamuno, sintetizado y maduro.

18. OC., IV, 651-656.

19. De Virgilio F. Grego hay una carta a Unamuno (SALAMANCA, CMU., G. 5, 106).

20. De Eduardo Blanco-Amor hay dos cartas (SALAMANCA, CMU., B. 4, 98). El libro *Diez maestros* se publicó en Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1935, 185 pp.+2h. (SALAMANCA, CMU., U-3292).

21. *Ahora*, (Madrid), 29-V-1935; O.C., III, 1060-1062.

22. *Ahora*, (Madrid), 29-V-1935; O.C., III, 1062-1064.

I  
DESTINO DE ESPAÑA Y UNIVERSALIDAD DE SU HABLA  
«guión»<sup>1</sup>

Horror a conferencias. Un tema cualquiera.

Destino? Quién le hace? Él al hombre o el hombre a él? Historia. Genio y figura. Geografía, Geología, antropología, Raza corporal y raza espiritual. Latinos? Qué es esto?

Íberos, celtas, fenicios, griegos, romanos (italiotas), godos, moros, etc... Pero, esto superficial. Superficie; saco harina. Mezcla desigual.

Pero la raza espiritual la hace el habla. Las hablas hispánicas, ibéricas, si se quiere, latinas, a excepción del vascuence y aún éste... El castellano, v. gr., el más latino de los romances. El vascuence la fonética.

Invasión germánica. Los hispano-romanos.

La reconquista. Judíos. Expulsados llevan a Oriente el alma del habla española, el lengua español. Y el portugués a Holanda. Spinoza. Gracias a ello no en España el pus hediondo de resentimiento del antisemitismo<sup>2</sup>. Y aquí el espíritu judaico, Fray Luis.

1. *Salamanca*, C.M.U. Caja N° 1.2/522, 1 + 8 + 2 h., a lápiz, 180x220 mm.

2. «A formar el espíritu uno, unido y único universal tanto» t.

## II EL DESTINO DE ESPAÑA Y UNIVERSALIDAD DE SU HABLA «borrador»

Mi creciente horror a las conferencias y más con tema. Lo di por darlo. Tienen destino las naciones? Lo hace la historia? La nación es la historia misma, no su producto. Y la historia ¿la hacen la geografía, la geología y la etnografía? La raza. Raza espiritual = Lengua.

Si hablamos pues, de latinidad, nos referimos a la lengua<sup>1</sup>. Las actuales lenguas ibéricas son las más latinas de las lenguas neo-latinas. Y en cuanto al vascuence, más latinizado de lo que se cree, dio su fonética al castellano.

Que en España se fundieron íberos, celtas, luego griegos, romanos, fenicios, visigodos, moros... Hay, desde el punto de vista fisiológico, un error de perspectiva. Los invasores eran poquísimos en número y fueron pronto absorbidos. Y en cuanto a la lengua, al espíritu, el aporte de esos pueblos es insignificante.

La reconquista que es el renacimiento y la reforma de España. Se expulsa a los judíos y más tarde a los moriscos. Aquellos judíos llevan el español, lengua española, y el portugués, el alma ibérica, a otras lejanas regiones. Spinoza, de familia castellana arraigada en Portugal, leía castellano<sup>2</sup>.

Unifican a España los Reyes Católicos marcando su destino a la vez que Castilla –no Colón– descubre América y casan los Reyes a su hija mayor, la Loca, con Felipe de Habsburgo y estalla luego la Reforma. Y entra el juego trágico. De una parte, con Carlos V, el borgoñón, el flamenco, la lucha entre los Habsburgos y los Valois, de otra parte la lucha de la catolicidad española, que era unificación contra la Reforma, pero llevando a ésta dentro, que la llamada Contra-Reforma es la otra cara de la Reforma. (Esaú y Jacob. A formar el español uno, unido, único y universal tanto como los grandes heterodoxos Prisciliano, Servet (sí Calvino...), los Valdés, los enciclopedistas, los liberales). Otra cara? Una superficie es cóncava o convexa? Y como hemos de volver a esto, que es rigor en el tema Dialéctico Central, conviene recordar que en geometría pura, ideal, la superficie no tiene dos caras. A una cara le llamamos cóncava o convexa según de qué lado la miremos, por la derecha o por la izquierda. Como una línea recta no tiene lado derecho y lado izquierdo. Esto de derecha e izquierda, como de cóncavo y convexo son aplicado a la política vaciedades para no querer ver claro y atizar el instinto dialéctico, de guerra civil. Y a la vez América, el extremo Occidental que se da en cierto modo, la mano con el extremo Oriente que los portugueses descubren y conquistan en su maravillosa epopeya (Mendes Pinto, Javier). Y extremo Oriente y extremo Occidente, espiritualmente, son también la misma superficie cóncava y convexa<sup>2</sup>. En la literatura portuguesa. Y en Miguel de Molinos. Y en la contemplación infusa.

1. «El castellano y el portugués son las más latinas» t.

2. Indios. Los aborígenes americanos asiáticos. Que dentro de nuestro pueblo entró el sentimiento nirvanático!

No entremos en esa ociosa pregunta de si en España hubo o no Renacimiento y si hubo o no Reforma. Si fue cóncava o convexa<sup>3</sup>. Hay la Europa central y hay la periférica. En España misma la central y la periférica. Los Habsburgos, el Sacro Romano Imperio para volver a unificar y catalizar –universalizar– Europa. Y en frente la Casa de los Capetos que nació también el Sacro R. Imp. de Carlo Magno. Dos caras.

La Central, las mesetas castellanas, desde las cuales la colonización de América, la Contra-Reforma y la lucha contra los Valois. Pero ya desde Carlos V no se siente el destino, de España en América, una mina de que sacar recursos y lo mismo en Flandes. Desde el Escorial, a metros sobre el nivel del mar, en una meseta sin ríos navegables, pobre, se pretendió, con triste economía de país ganadero, gobernar una tierra rica de industriales y mercaderes. Y en ella el calvinismo contra los (3) Habsburgos de España. Aquel Felipe II, parte borgoñón, parte castellano, parte portugués! En aquella lucha por la hegemonía de la Casa de Austria y el Catolicismo, descuidando América, a pesar leyes indias, –y África– se extenuó, España, debió extenuarse. Era el sino de su personalidad. Se extenuó? No; se hizo, con toda la inaudita riqueza de sus contradicciones íntimas. Y entre ellas la riqueza de su pobreza. Qué es eso de decadencia? Qué es la decadencia de un pueblo? Nuestros dos [4] grandes espíritus que se dice que reflejan la cadencia de España son los que marcan su ascenso espiritual. Cervantes y Quevedo. Y sacan el fondo del alma común forjada en la Reconquista (el pícaro ascético), que había sido una guerra civil. ¿Decadencia? Untergang? Crece cómo los ahujeros, por sustracción. Así se ensancha el alma. Al ponerse el sol en los dominios españoles surge el verbo. Los Habsburgos presidieron a su grandeza íntima, derrotados como Don Quijote. La nada; Molinos. Quevedo, en el fondo, se complace ascéticamente en eso que llamamos decadencia. Crecederos.

Y llegaron a España los Borbones, el otro hemisferio del poder imperial universal, tan extranjeros al parecer y en realidad tan indígenas en espíritu a ella. Y sigue la lucha de compenetración. Y sigue la puesta! Qué juego de coincidencia de opuestos! Ved, por ejemplo, el jesuitismo y el jansenismo. El uno nació de un vasco español, Íñigo de Loyola, y el otro lo arraigó en Fr. y en Esp. otro vasco, fue el abate de Saint Cyran, hermanos gemelos. Como son gemelas las dos caras, cóncava y convexa, de una misma concepción el probabilismo jesuítico y el *pari* pascalismo. Esaú y Jacob.

Y como fruto del Renacimiento y de la Reforma viene la Enciclopedia, y la Gran Revolución. Y sacude a España y en ésta el eterno fondo popular, rico de contradicciones, de guerra civil. Y de ella el liberalismo. Palabra española y acaso sentimiento español, Mendizábal, el judío. Las Cortes de Cádiz. Algo que comprimieron Austrias y Borbones? No! La misma Inquisición popular, democrática. Para unificar España darle el sentimiento de un destino común. Y con ello coincide ¡claro! la emancipación de las colonias [5] americanas merced a una guerra civil. Había cumplido España su obra imperial, la de dar su<sup>4</sup> habla. (Soneto de Quevedo). Qué quito? qué le han quitado? Qué dejó. ¿Dónde está España? Larra, en 1835, hace un siglo frente al páramo desolado. En él, en Larra –otro Quevedo– en su desolación, en su habla, en su espíritu. En su desesperación y su dolor. Le dolía España. Y así como sólo se sabe que se tiene entrañas cuando duelen así la patria.

3. «Felipes» t.

4. «lengua» t.

Permitidme la contemplación de unos hechos simbólicos. Napoleón el Grande, enlazado con una austríaca, con una Habsburgo y tratando de resucitar en cierto modo el Sacro Romano Imperio y volver a unificar el mundo civil europeo, choca con la España popular cóncava, pero la liberta y emancipa a las Españas de América. Bolívar tuvo en culto de Napoleón y de Don Quijote. Y mucho después el otro Napoleón, el Único, casado con una española, pretende implantar en la Nueva España, en México, un imperio habsburgiano, el de Maximiliano y da con el indio civil e imposible, el indio zapoteca que vivió en castellano (Hector Pérez Martínez) el indio que sintió místicamente la Ley como una divinidad. Carducci. Recuerdo infantil, Lincoln y Juárez. Mi padre indiano y volvió de México trayendo acrecentado el liberalismo de Vergara. Y el indianismo [6] fue liberalismo. Y ahora otro indio, un indio oriental, José Rizal. Reinaba en España, a nombre de su hijo, una Habsburgo guiadora del destino y guiada por él cuando la rebelión filipina y dejó fusilar el heroico Tagalo –maestro de chino– que no sólo vivió en castellano –como Juárez– sino que murió cantando en castellano a su Filipinas para irse al mundo de los sueños sin tiempo donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

Dos indios, occidental y oriental, que soñaron el espíritu humano universal... en castellano! Y los dos cumplieron el destino de los Habsburgo.

Qué le han quitado a España aquellos a quienes ella quitó? Nada. No; España dio, con su habla, su alma a todos y todos ahora, en cierto modo, se la devuelven, acrecentada con el jugo espiritual de sus hablas.

Habla<sup>5</sup> y no lengua, que recuerda algo carnal. Un habla, y henchida como la nuestra de contradicciones íntimas es una concepción, mejor una conceptualización del espíritu universal, del universo humano. *Weltanschauung*. Y un sentimiento. Se siente en habla. El que crea su habla según habla –o la re-cree– hace filología. La de Quevedo v. gr. no está en su senequismo sino en su filología, en cómo juega con el castellano. Como todo el hondo sentimiento filosófico de Jorge Manrique en el ritmo de sus coplas. Tan callando. Y así nos habla... callando. La filosofía española, el pensamiento universal esp. está en el habla, en el español. Que es el habla común la que en cada uno de nosotros piensa en comunidad. Y por mi parte he llegado a esta fe cuando, al pasar de los 70, he recogido las hablas de todos mis años vividos y me he hecho tradición de mí mismo. Es una filosofía, es una religión. Tradición viva en que coinciden los opuestos. Anti-España? Eso que llaman ahí algunos atolondrados es la otra cara de España; la cóncava o la convexa como se quiera, una misma cara. Hasta los españoles que maldicen de España mientras lo hagan en español! Profesar el ateísmo es un modo de adorar a Dios. [7]

Que todo esto es historia subjetiva? Claro, de sujeto. Dejemos la objetiva para los que no se sienten a sí mismo, más que como objetos. Dejemos eso de que hay que juzgar a un valor histórico, sea Felipe II objeto conforme a las ideas de su tiempo. Como si las ideas fuesen de tiempo...! Condenar el pasado? Es condenarnos. La leyenda negra? Progreso? Ranke. <Felipe> II fue él una idea eterna, que vive. Egocéntrico? No era él. Yo sé quién soy! No Alonso Quijano sino el universal concreto. La historia es el pasado común humano pensado y sentido a través del presente; es el presente espiritual eterno. Y se hace historia, se re-crea espíritu, contándola, contemplándola. Que el historiador hace, no sólo

5. «Y mi habla es algo más que una lengua».t.

narra, historia. Sólo es recuerdo vivo el que cada vez que vuelve a nosotros se hace otro, se recrea y nos recrea. Aunque en rigor no somos si no un haz de recuerdos en marcha.

Y como a través del presente, ahora que parece el habla en el habla hablada. *Scripta volant, verba manent* amenazarnos una nueva Edad Media y vuelve el Mediterráneo, mar asiático y africano a la vez que europeo, permitidme que glose algo que escribí hace poco. (Encuesta).

Individualismo; no masas de hombres, si no hombres el Cid, Cisneros, Cortés, Felipe II, Cervantes, Don Quijote, Don Juan, Segismundo, El Empecinado, Bolívar, Juárez, Martí, la pareja. Que en el Quijote la pareja y el sentido creativo, sexual si se quiere no estando Don Quijote y Dulcinea, que allí no hablan sino Don Quijote y Sancho, que se unen para engendrar un mundo.

Don Quijote-Sancho, la dualidad, el diálogo. Pero solos, sin masa. Ellos eran pueblo. Y en cierta guerra civil [8] Sancho se azotó por su amo, pero llegaron a luchar cuerpo a cuerpo. Individualismo aún bajo forma paradójicamente comunista<sup>6</sup>.

Vivamos, pues, la hora, que es vivir los siglos, la eternidad. Reconquista, Renacimiento, la popular Contra-Reforma, Reacción-Revolución, liberalismo, individualismo... el Hombre, la Palabra, el Habla.

Partimos a la conquista del mundo, que es ir a ser conquistados por él. A crearnos un imperio celestial y eterno en la tierra y en el tiempo. Y este Colegio Español en Francia a conquistar Francia por el habla española que equivale a que ella, Francia, la gran habla francesa, nos conquiste a su vez.

6. «(Lectura encuesta)» t.

## III

EL DESTINO DE ESPAÑA Y UNIVERSALIDAD DE SU HABLA<sup>1</sup>

Señoras y Señores:

Heme aquí, señores, con la para mí cada vez más difícil tarea de hablar yo solo, mientras los demás oyen en silencio, sin diálogo, y sobre un tema dado o tomado, que es peor. Mas, pues, había que hacerlo tomé el de lo que viene siendo desde hace años mi íntima obsesión y es el del destino de mi España, en que se concentran el de mi propio destino individual y el de la humanidad.

¿Destino? ¿Qué es y quién lo hace? ¿El hombre al destino o el destino al hombre? No lo sé y por eso, por no saberlo, me revuelvo en ello. Y como necesitamos explicarnos, sea como fuera, nuestra razón —o sinrazón—, de ser, hemos inventado otra categoría, y es... La historia, el hacerse, el devenir, que dicen algunos... «Genio y figura hasta la sepultura» —dice el refrán castellano que con tanta complacencia solía glosar Schopenhauer. La geografía, la geología, la antropología hacen lo que llamamos la raza que nadie sabe a ciencia cierta lo que es, afortunadamente. Yo no lo sé, y es mejor que no lo sepamos. Pues cuando un pueblo sabe —o mejor, quiere saber: cree— lo que es raza corporal es que ha perdido la razón. Lo tenéis con eso de los arios y el arianismo. O con el latinismo. Latino corporal, fisiológicamente, no es nada. A lo más, da carácter, marca destino, si un pueblo fue en secular formación predominantemente pastor o agricultor, nómada o sedentario, errante sobre un suelo o apegado a él. Quien lo sabía es Renán.

La leyenda —más que historia, si es que la historia es otra cosa que leyenda— es que el pueblo español se forma de la mezcla de fberos, celtas, fenicios, judíos, griegos, romanos, godos, moros... y qué sé yo qué más. Todo lo cual es superficialidad, lo sabéis. Ni los invasores pasaban de la superficie ni en mezclas de cantidades desiguales predominan conforme a la desigualdad cuantitativa. Es como un saco de harina en una inundación. Llega el agua y se forma una pequeña capa, pero no pasa al centro, no la invade, y la harina sigue conservándose incólume.

Pero hay lo que podemos llamar la raza espiritual, la sangre del espíritu que es el habla. La palabra raza, de raya, línea, quiere decir linaje, y el habla hispánica, las hablas ibéricas en general, son en su casi totalidad latinas. Los romances castellanos, portugueses y catalán son aún más latinos, sobre todo el castellano, que el italiano. Y la sola habla ibérica, no latina —aria— en su estructura, el vascuence o eusquera, está mucho más latinizada que creen mis paisanos y dio al castellano lo que del portugués y del catalán les separa: la fonética<sup>2</sup>. Ni los visigodos, que ya al llegar a España, hablaban latín, ni los moros —no árabes— han dejado sino escasas huellas y superficiales, en el habla española. Esto es hoy consabido de los entendidos.

Empezó a forjarse el verdadero destino histórico de España con la reconquista que coronaron los Reyes Católicos llegando a la mayor homogeneidad del pueblo. Que era su

1. PARÍS, Colegio de España. Agradezco a su ex directora, Carmina Virgili, la gentileza que tuvo en remitirme copia del texto.

2. Se guarda una libretita, sin tapas, sobre este tema (SALAMANCA, CMU., caja 1.2/551), cuyo texto tengo escrito y preparado para la imprenta.

catolicidad. Catolizar era homogeneizar, no cristianizar. Cristiano quiso decir perteneciente a una raza espiritual, propiamente lingüística, no a una religión. Y para ello se expulsó a los judíos que llevaron a Oriente con el habla —la lengua española, que dicen ellos— el alma española, de un pueblo de pastores, de nómadas en los páramos centrales de la Península, como ellos. Y a Holanda el portugués, que se agotó pronto. Hay que tener en cuenta que muchos de los judíos que fueron a Holanda, aunque fueron de Portugal, eran de origen español empezando por Spinosa. La fama procedía de los «castellanos» entre ellos Góngora. Gracias a aquella expulsión no ha podido brotar en España el pus hediondo de resentimiento que es el anti-semitismo. Quedaron, sí, conversos, los famosos «marranos» profundamente españoles. De lo que tenía algo aquel Fray Luis de León de una religiosidad platónico-judaica y que por judaizante fue perseguido por el instituto profundamente popular de la Inquisición instrumento de homogeneización también. El pueblo sentía tener que hacerse uno, unido y único para poder cobrar conciencia de su destino universal, hacerse un espíritu individual, no colectivo, pues sólo lo individual es universal.

Unificase España bajo los Reyes Católicos descubriendo su destino, a la vez que Castilla —no Colón— descubre América y casan los Reyes Católicos a su hija Juana, la Loca, con Felipe el Hermoso de Habsburgo y estalla la Reforma. Y empieza el grandioso juego trágico de nuestro destino. De una parte Carlos V, el borgoñón, el flamenco, él acaba en la soledad de Yuste, la lucha por la hegemonía europea de las dos mitades, de los dos hemisferios del Sacro Romano Imperio, el de los Habsburgo y el de los Capetos —Valois— ambos provinientes del Imperio Carolingio. De otra parte, la lucha de la catolicidad española, que era unificación, contra la Reforma, pero llevando aquélla dentro de ésta, pues la llamada Contra-Reforma no es sino otra cara de la Reforma, que también unificaba. ¿Otra cara? La misma vista de otro lado. Y aquí conviene —porque lo he de repetir— fijarse en las confusiones que traen a la comprensión de la historia civil y religiosa los términos de pseudo-geometría. Como lo de derecha e izquierda de una línea que no tiene lado, y que no tiene derecha ni izquierda. O lo de superficie cóncava y convexa cuando la superficie geométrica es cóncava y convexa según por dónde se la mire. Para los que miraban a la Reforma desde dentro de la Iglesia podía aparecerles cóncava y a los reformadores, a los protestantes, la Contra-Reforma convexa. Y eran lo mismo. Era la necesidad dialéctica. La necesidad de la guerra civil, la más noble y fecunda de las guerras, la única digna —yo me he criado de niño en medio de la guerra— pues no lo es de razas corporales, materiales, sino es la lucha íntima, espiritual, la de Esaú y Jacob, hermanos gemelos, que luchaban ya desde el vientre de su madre. La de Caín y Abel también. Y esa íntima lucha espiritual de gemelos, esa entrañada y hermanada guerra civil religiosa fue la que hizo la unidad espiritual, la íntima catolicidad. A ella en España contribuyen los grandes heterodoxos tanto como los grandes ortodoxos. La verdadera, la íntima catolicidad espiritual española es obra no sólo de los llamados, por exclusión Católicos, sino de los otros, Prisciliano, Servet, los Valdés, los enciclopedistas, los liberales, los ateos... Pues los ateos mismos han contribuido a hacer nuestro Dios.

A la vez que la lucha entre los hemisferios políticos, cóncavo-convexos, las dos mitades del Sacro-Romano Imperio, Habsburgos y Borbones, y a la vez que la lucha entre los dos hemisferios de la catolicidad religiosa occidental, la Reforma y la Contra-Reforma, lucha en que es el eje España, ésta descubre América, el extremo Occidente que se da, en



cierto modo espiritual, la mano con el extremo Oriente –fue un paisano mío, un vasco, Elcano, el primero en dar la vuelta al mundo–, que había descubierto ese noble, generoso y heroico pueblo portugués, tan mal conocido y apreciado hoy en esta pedantesca y desdénosa Europa. Fue un portugués, Méndez Pinto<sup>3</sup>, el que primero dio a conocer aquí, en el Occidente extremo, al Japón. Y fue luego San Francisco Javier. Y por algo al descubrirse América se la llamó Indias Occidentales. Otra vez la misma superficie espiritual cóncavo-convexa. Los aborígenes americanos, los indios americanos, parecen ser hermanos de los asiáticos. Y hay un estudio de amor, no de mera condición, por hacer y es el de la influencia espiritual que en el pensamiento y el sentimiento portugués pudo ejercer la visión del Oriente extremo. Hay tanto de nirvanático, de budístico, en nuestro pueblo hermano. Y en el nuestro mismo, en el español. Más de una vez se ha vislumbrado lo que de extremo oriental pueda haber en la doctrina de la contemplación infusa mística de San Juan de la Cruz o en el «nadismo» –quietismo– del recio aragonés Miguel de Molinos<sup>4</sup>. Hace pocos días realizando un viaje por el norte de España, vi, en Galicia, a un pastor que cuidaba de un rebaño y me acordaba de aquel pastor errante de que habla ¿...?, que al contemplarle, se preguntaba por su destino.

Es pues, una ociosa pregunta aquélla de si en España hubo o no Renacimiento y Reforma. Los suyos. Cóncavo-convexos. Hay la Europa central, principalmente franco-germánica –!otra vez los gemelos en lucha!– y hay la periférica. Y en la misma España, para Europa periférica, hay España central y periférica.

Volvemos a la lucha entre los hemisferios del Sacro-Romano Imperio para unificar, catolizar, el Occidente. La casa Carolingia de los Capetos –Valois, Borbones– y la casa de los Habsburgos, el Imperio, de que dependió el Pontificado. ¿Quién duda que lo dominó Felipe II, la encarnación del genio español? En él, borgoñón, español y portugués. Pero se trata de llevar la Contra-Reforma y a la vez la colonización de América desde el centro de España, desde la meseta, desde el simbólico Escorial, a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar, lejos de éste, sin ríos navegables, entre páramos de pastores errantes. Gobernar con una triste economía de pobre país ganadero una rica tierra baja –ganada en parte al mar– de industriales, mercaderes y marinos y retenerlos en la cara cóncava del catolicismo. Por eso el catolicismo cóncavo del gran Duque de Alba chocó con el calvinismo de los «gueux». Y en esta heroica y popular, por parte de España, lucha por la hegemonía habsburgiana y por el catolicismo de Recaredo se descuidó a América, considerada, aun con las llamadas leyes de Indias, como una mina de que sacar recursos para aquella doble lucha, y España se exterminó noblemente, heroicamente, santamente. Era su destino.

¿Se extenuó? No; se hizo a sí misma –«hazte el que eres», dijo Píndaro– con toda la inaudita riqueza de sus contradicciones íntimas, con su santa guerra civil. Y entre esas contradicciones, la riqueza de su pobreza. Pobreza de pícaros y de místicos. ¿Qué es eso de decadencia? ¿Qué es la decadencia de un pueblo espiritualmente inmortal? Los dos más grandes espíritus en que se refleja la llamada decadencia de España son los que marcan la

3. Fernão MENDES PINTO, nació en Montemor o Velho en 1510 y † en Almada 1583; fue el primer viajero europeo al Japón, en *Peregrinação* (1614) cuenta sus viajes marinos.

4. Nació en Muniesa, Teruel 1628 y murió en las cárceles de la Inquisición, en Roma 1696. Fue condenado por la bula *Caelestis Pastor* (1687).

cumbre del ascenso espiritual de ella: Cervantes y Quevedo. Sacan del fondo del alma común, forjada en la Reconquista, en el Renacimiento y en la Reforma –o Contra-Reforma, que es igual– forjada en íntima guerra civil, el destino eterno. ¿Decadencia? ¿«Untergang des Abendlandes»? Quevedo, el que decía que España, la de los Felipes de Austria, crecía por sustracción como los agujeros –y así es como crecen las almas por sustracción de tierra. ¿Es acaso el cielo más que un agujero? Quevedo, el mayor forjador del alma de nuestra alma –el habla– se complace, en el fondo, en esa misma decadencia, se complace en voluptuosidad de asceta senequiana, en esa decadencia que parece deplorar. Hay que repasar sus penetrantes análisis de la envidia, la pasión de los pueblos populares y libres. Llegó al descubrimiento de que cada hombre se envidia a sí mismo. Le faltó poco para llegar a este terrible precepto: «envidia a tu prójimo como te envidias a ti mismo». Se regodeaba en su miseria que es –decía– el no ser. Aquel no ser, aquella nada que predicó Miguel de Molinos. Gran virtud cuando el hombre terrenal y temporal se envidia a sí mismo en cuanto celestial y eterno. «Miserable hombre de mí, ¿quién me liberará de este cuerpo de muerte?»<sup>5</sup> clamó San Pablo. ¿Y qué es lo que Carducci<sup>6</sup> llamó la «afanosa grandiosidad española» y aquello que dijo Nietzsche de que España osó demasiado? Osó conquistar a su Dios, a quien envidiaba y en Él a sí mismo. ¡Pobre pueblo el que no sabe envidiarse a sí mismo, complacerse en su miseria, orgullosa y trágicamente! En su decadencia. Hoy mismo sigue forjándose lo que se ha llamado nuestra leyenda negra, que nos la hacemos nosotros, no nos la hacen los extranjeros. Y no sólo por pasiones de partidos que se esfuerzan en calumniarse unos a otros, sino por envidiosa, por sádica complacencia en la propia miseria, –lo estamos viendo en estos mismos días; se está haciendo leyenda negra, la estamos haciendo nosotros–. ¿Quién ha dicho que fueron los extranjeros, sobre todo los protestantes los que hicieron la leyenda negra de España por odio, por envidia más bien, a ella y forjaron los del Demonio del Mediodía, el Felipe II de Schiller<sup>7</sup>? No, esa leyenda la forjamos los españoles y por envidia, por santa envidia, a nosotros mismos.

Con lo que está íntimamente relacionado lo del resentimiento de que tanto hemos maldecido, yo el primero. Y aquello del Baedeker<sup>8</sup> francés de que el español es «pointilleux et ombrageux», puntilloso –quisquilloso– y receloso. Pero me he puesto a rumiarlo para llegar a la conclusión –al consentimiento– de que si somos resentidos, puntillosos y recelosos, es porque sentimos hondamente nuestra humanidad, mejor, nuestra hombría. Y que nos duele, porque nos la tenemos en carne viva espiritual. Que no nos la protege ninguna coraza, y menos de uniforme.

¿«Untergang des Abendlandes»? ¿Puesta del Occidente? En el griego moderno al ponerse del sol se le llama el reinar del sol. Al ponerse el sol en los dominios terrenales, material, del Imperio español «en Flandes se ha puesto el sol», surgió, empezó a reinar el

5. Rom. 7, 24: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?

6. Giosuè Carducci, poeta italiano, nació en Veldicastello, Toscana, 1835 y + en Bolonia, 1907. Como es sabido Unamuno tuvo un profundo amor por su poesía.

7. SCHILLER, Friedrich von, *Don Carlos, Infant von Spanien*. Ein Dramatisches Gedicht. Leipzig, Verlag von Ph. Reclam, s.f., 192 pp. (SALAMANCA, CMU., U-4.511).

8. Familia de librereros alemanes, famosa y conocida por sus *Guías* turísticas, editadas por la Casa Karl Baedeker.

verbo de España, nuestra habla imperial, universal. Al caer vencido Don Quijote en Barcelona, empezó a reinar el Quijote, el habla española.

Permitidme que os recuerde aquel maravilloso soneto que escribió Quevedo en «Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida y necesita de continua prevención por esa causa». Dice, sigue diciendo, así:

«Un godo que una cueva en la montaña  
guardó, pudo cobrar las dos Castillas;  
del Betis y Genil las dos orillas,  
los herederos de tan grande hazaña.  
A Navarra te dio justicia y maña;  
y un casamiento en Aragón las sillas  
con que Sicilia y Nápoles humillas  
y a quien Milán espléndida acompaña.  
Muerte infeliz en Portugal arbola  
tus castillos; Colón pasó los godos  
al ignorado cerco de esta bola  
y es más fácil, ¡oh España! en muchos modos  
que lo que a todos les quitaste sola  
te puedan a ti sola quitar todos.»<sup>9</sup>

¿Qué le quitaron? Lo hemos de ver. Ahora prosigamos.

Se fueron los Austrias con el degenerado Carlos II, ¡el Hechizado! Y llegaron a España los del otro hemisferio del Imperio europeo central, los Borbones. Tan extranjeros a España como los Habsburgos, se ha dicho y he dicho yo mismo alguna vez. ¡Pero no! España los hizo españoles, y se sirvió de ellos para seguir forjando su destino. Se sirvió de ellos el genio de España, su arquetipo divino. Y sigue la lucha de compenetración y tras una breve llamada –resplandor de ocaso– sigue la gloriosa puesta del sol histórico. ¡Qué juego de coincidencia de oposiciones! Ved, por ejemplo, el del jesuitismo y el jansenismo. Un vasco, vasco-español, Íñigo de Loyola, crea la Compañía de Jesús y otro vasco, vasco-francés, el abate de Saint-Cyran<sup>10</sup>, crea el jansenismo de Port-Royal. Dos hermanos gemelos en la lucha desde el vientre materno, un vientre vasco, ibérico, cóncavo-convexo. ¿Qué es el probabilismo jesuítico sino el *pari* pascaliano? Cada vez que iba yo a Bayona donde se educó mi madre y veía las dos torres gemelas de su Catedral, me acordaba de estos dos hombres de una misma raza.

Y como fruto del Renacimiento y de la Reforma cóncavo-convexa llega la Enciclopedia y tras ella la Gran Revolución. Y permitidme que recuerde con piedad de vasco ínte-

9. Francisco de QUEVEDO, *Obra poética*. Edición de José Manuel Blecua, 2ª ed., Madrid, Ed. Castalia, 1985, I, p.218 (71).

10. Jean Du Vergier Hauranne (Abate de Saint-Cyran), teólogo francés, nació en Bayona 1581 y † en París 1643. Fue discípulo de Justus Lipsius, en Lovaina. Hacia 1604 trabó amistad con Jansenio; en 1636 fue nombrado Abad de Port-Royal des Champs, y metido en prisión por Richelieu.

11. Ignacio Manuel de ALTUNA, nació en Altuna 1722. Junto con el Conde de Peñafloreda fundó la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, † en 1762. Amigo de Rousseau, a quien ayudó económicamente, mereció de éste una semblanza en sus *Confessions*. París 1826, I.124, que fueron traducidas por Manterola y publicadas en *Euskal-Erria* (1881), 117-120.

gro la amistad de Rousseau con Altuna<sup>11</sup> y cómo luego los soldados de la Convención francesa saludaron al sagrado roble de Guernica a cuyo pie gané a la madre de mis hijos. Y la Gran Revolución sacude el eterno fondo Popular español, tan rico de fecundas contradicciones íntimas. Napoleón el Grande llevó a España con la revolución liberal española, la del año 12, la de las Cortes de Cádiz, la guerra civil y el liberalismo y con ello la emancipación de las colonias americanas españolizadas ya. ¡El liberalismo! Consabido es —y Benedetto Croce<sup>12</sup> lo ha hecho recordar recientemente— que la palabra liberal y liberalismo, en el sentido moderno, nacieron en España. La palabra y con ella ¡claro está! la cosa, su cuerpo. ¡El liberalismo! ¿Que lo habían ahogado Austrias y Borbones? ¡Quíá! La misma Inquisición, con su fatal cara opresiva, cóncava, fue popular, democrática en España. ¿Hay nada más democrático que la envidia? El Goovos helénico está en el fondo de la conceputación histórica de Herodoto. Los dioses helénicos estaban corroídos, digo: animados, por la envidia; fermentados por ella, humanizados. Pero había que unificar a España para darle el sentido de su destino común y de su misión universal.

Y con el tiempo del liberalismo popular —e imperial— español, el de las Cortes de Cádiz, surge, merced a la guerra civil, la emancipación de las Américas españolas en una guerra civil, de hermanos, que lo fue la de aquella común epopeya. Bolívar<sup>13</sup> tuvo dos cultos: el de Napoleón y el de Don Quijote. Y ahora:

«que lo que a todos les quitaste sola  
te lo puedan a ti sola quitar todos».

¿Qué quitó ella? ¿Qué le quitaron? No quitó, sino recogió y se apropió e hizo suyo lo de los otros. Y no le quitaron sino que se lo devolvieron acrecentado y enriquecido.

Un espíritu quevediano de nuestro glorioso y generoso siglo XIX español —ese siglo a quien llaman estúpido los estúpidos— Mariano José de Larra, Fígaro —de estirpe vasca—decía hace un siglo, en 1835: «¿Dónde está España?» Lo decía frente al desolado y consolador páramo castellano. ¡Y España estaba en él, en Larra, en la consoladora desolación de su espíritu suicida, en su espíritu, en su habla! En su desesperación. Le dolía España. Que así es como se sabe que se tiene entrañas, cuando a uno le duelen, y así es como uno se las hace, «Hazte el que eres». Así es como un alma individual se hace universal. Dejemos a un lado Goya, que habría que hablar también de toda su complacencia. Acaso ese sentir de la complacencia sea decadencia.

Permitidme, por vía de ejemplo, la contemplación de unos hechos simbólicos. Napoleón el Grande, el Emperador del siglo, enlazado con una austríaca, con una Habsburgo y tratando de resucitar, a su modo, el Sacro Romano Imperio —era al fin un italiota— y volver a unificar el mundo civil europeo —su hijo, el aguilucho<sup>14</sup>, rey de Roma— choca contra la España popular, pero la liberta y así emancipa a las Españas de América. Y mucho

12. Unamuno entabló una profunda amistad con él, de lo que da prueba la correspondencia que mantuvieron, cf. *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, p. 102, nota 4.

13. Simón Bolívar, el *Libertador*, nació en Caracas 1783, y † en San Pedro Alejandrino, Cerca de Sta. Marta 1830. Unamuno escribió: «Don Quijote y Bolívar», en: *El Cojo Ilustrado* (Caracas), 15-V-1907; recogido en *Soliloquios y conversaciones*.

14. Napoleón II, Carlos Francisco José Bonaparte, hijo de Napoleón I y de su segunda esposa, María Luisa de Austria, nació en París 20-III-1811 y † en Schöenbrun (Viena) 22-VII-1832.

después otro Napoleón, el chico, casado con una española pretende instaurar en la Nueva España, en Méjico, un Imperio habsburgiano, el de Maximiliano, y se choca con el indio civil e imparable el «indio zapoteca que vivió en castellano» como ha dicho egregiamente Héctor Pérez Martínez, el indio occidental que sintió místicamente la Ley como una Divinidad. Y como yo no puedo sentir lo nacional sino abrazando a lo universal con lo individual, a la Humanidad conmigo, dejadme traer un recuerdo de niñez. Mi padre, un vasco, vergarés, de la Vergara del liberalismo enciclopedista, del Seminario de Nobles y de la Sociedad de Amigos del País, mi padre se fue muy joven a Méjico para volver hecho lo que en mi tierra se llamaba un indiano y casarse en ella y engendrarme. Y en el álbum casero de familia, entre los retratos de parientes y deudos –algún daguerretipo– contemplaba yo de niño dos caras: la de Abraham Lincoln y la de Benito Juárez. Por cierto, hay cosas muy curiosas, me decían el otro día que Mussolini se llama Benito, que es forma española y no Benedetto, que es la forma italiana, porque el nombre de Benito se lo puso su padre, que había estado en Méjico, y que quiso que fuera Benito en recuerdo de Benito Juárez<sup>15</sup>.

Corren los años y surge en la historia del destino español otro indio, éste oriental, un filipino, un tagalo con gotas de sangre china: José Rizal<sup>16</sup>. Reinaba en España, a nombre de su hijo, un Borbón y un Habsburgo, Doña María Cristina de Habsburgo Lorena, guaidora del destino español y guiada por él y deja fusilar en Manila –era fatal o providencial– al heroico tagalo que no sólo vivió en castellano, como Juárez, sino que murió cantando a su patria... en castellano. Antes de irse al mundo de los sueños sin tiempo y sin tierra, la víspera misma de su fusilamiento, estando en capilla, escribe su «Último pensamiento».

Su despedida a la  
 «región del sol querida  
 perla del mar de Oriente, nuestro perdido Edén»,  
 y pide que  
 «hecho su cuerpo polvo se esparza por ella  
 y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio  
 y sólo, sólo muertos queden velando allí  
 no turbes su reposo, no turbes su misterio:  
 ¡tal vez acordes oigas de cítaro o salterio  
 soy yo, querida patria, yo que te canto a ti!

15. Benito Pablo Juárez, nació en San Pablo, Oaxaca 1806 y † en Méjico 1872. Fueron sus padres los indios Marcelino Juárez y Brígida García. Se licenció en Leyes en 1834; en julio de 1867 ocupó la Capital y fusiló a Maximiliano, el archiduque austríaco, nombrado y puesto en el trono de Méjico por Napoleón III.

16. José Rizal, nació en Calamba 1861 y fue asesinado en Manila 1896. Estudió en la Universidad de Madrid (1882-85). Su obra *Noli me tangere* (Berlín, 1886) y *El filibusterismo* (Gante 1891) son una denuncia a los abusos de la administración española en Filipinas. Unamuno escribió: «Epílogo al libro 'Vida y escritos del Dr. José Rizal' de W.E. Retana. Madrid 1907» (OC., VIII, 938-960); «Un ensayo: José Rizal», en: *Luz* (Madrid), 7-IX-1934. Sólo publicó los nn. II y VIII. El trabajo de Unamuno está firmado en Salamanca, 19-20 de marzo de 1907.

Unamuno mantuvo una larga correspondencia con Wenceslao E. Retana; se guardan 27 cartas de éste al Rector de Salamanca (SALAMANCA, CMU., R,1,116-117).

En castellano:

«¡Mi patria idolatrada, dolor de mis amores,  
querida Filipinas, oye el postrer amor!  
Ahí te dejo todo; mis padres, mis amores,  
voy donde no hay esclavos, verdugos, ni opresores,  
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

¿Retórica? Santa retórica de agonía, de reo en capilla, no poesía pura, destilada, esto es: ¡imposible! Así le dio a España su alma, en su habla, aquél a quien la divina fatalidad española borbónico-habsburgiana le quitó el cuerpo. El habla es el alma.

Habla y no digo lengua porque este vocablo recuerda algo carnal. Un habla y más una como la nuestra tan henchida de contradicciones íntimas es una concepción, o mejor una concepción del espíritu universal, del universo humano. «*Neltanschanung*» dicen los alemanes. Y un sentimiento pues se siente en habla. El que crea su habla –o la re-crea– según la habla, hace filosofía y... religión. La de Quevedo v.gr., no está tanto en su senesquismo como en su filología. Como todo el hondo sentimiento filosófico y religioso de Jorge Manrique ve en el ritmo de sus inmortales coplas que pasan «tan callando» tan callandito como van a la mar las aguas del Carrión<sup>17</sup>, llevando sales de huesos de conquistadores. La filosofía española, el pensamiento universal español, está en el habla española, en el habla común española que hace que al pensar cada uno de nosotros, los españoles en el habla común –y en la suya portugueses y catalanes– pensemos en comunidad y en universalidad. Y por mi parte –siempre vuelvo a mí para tornar a Dios– he llegado a esta fe cuando al pasar de los 70 años, he recogido las hablas de todos mis años vividos y me he hecho tradición de mí mismo.

«Hazte el que eres».

Tradicción viva –individual, nacional, universal– en que coinciden los opuestos. ¿Anti-España? ¿Qué quiere decir este terminacho forjado por atolondrados? Es la otra cara de España. ¿La otra? La misma, cóncava o convexa. Hasta los españoles que maldicen de España, la bendicen si lo hacen en español. Recuerdan al profeta Balaam<sup>18</sup>. Profesar el ateísmo –¡profesarlo!– es un modo de adorar a Dios.

¿Que todo esto es historia subjetiva? ¡Claro, de sujeto! Dejemos la objetiva para los que no sientan a sí mismos sino como objetos, es decir, que no sientan. Dejemos eso de que hay que juzgar a un valor histórico, sea Felipe II objetivamente, conforme a las ideas de su tiempo. ¡Como si las ideas fueran de tiempo! ¿Condenar el pasado? Es condenarnos en él. ¿La leyenda negra? La estamos haciendo, ¡Y qué cosas están enseñando algunos! Me enseñaron un día un libro sobre España. Oiga, Vd. –le dije– ¿dónde ha visto Vd. esto que refiere en su libro. Me lo han contado los españoles. Tampoco ellos lo han visto y hace mal Vd. de poner lo que no ha visto. Cuidado con ciertas cosas. De un lado y de otro. La estamos haciendo, repito. Felipe II, pongo por caso, el histórico, fue una idea eterna. Un egocéntrico shakespeariano, se ha dicho hace poco. ¿Egocéntrico? ¿Y qué es el *ego*, el yo?

17. El río Carrión, afluente del Pisuerga, se une a éste aguas abajo de Venta de Baños, pasada Palencia. Esta evocación al Carrión nos hace pensar que Unamuno lo tenía cerca, al hallarse en Palencia, al componer el texto.

18. Núm. 22, 5-20.

«¡Yo sé quién soy!», clamó don Quijote, el universal. No Alonso Quijano. Don Quijote sabía quién era; Alonso Quijano, ése, no podía saberlo.

La historia es el pasado común humano pensado, soñado y sentido a través del presente; es el presente universal y eterno. Y se hace historia, se la hace, se la re-crea, narrándola y contemplándola. Sólo es recuerdo vivo el que cada vez que vuelva a nosotros se hace otro, se recrea, y nos re-crea. Cada uno de nosotros no es sino un haz de recuerdos en marcha.

¡Todo esto es tan sabido! Pero yo os lo repito en el habla española que me estoy haciendo y esto será nuevo –y viejo– en cuanto lo sea mi habla universal. Que la historia se asienta en el habla. «*Verba volant, scripta manent*» «las palabras vuelan, los escritos quedan» se nos ha dicho. Pero yo digo: «*scripta volant, verba manent*» «los escritos vuelan, las palabras quedan». Y esto mismo que he hablado con la pluma quedará si es habla. Los mismos monumentos arqueológicos quedan si son históricos, si hablan. Si hablan callando, como viene la muerte.

Individuos y no masas. ¡Hombres! El Cid, Cisneros, Cortés, Felipe II, Cervantes, Don Quijote, Quevedo, Don Juan, Segismundo, el Empecinado, Bolívar, Juárez, Martí... qué sé yo. Y el individuo doble la dualidad, la pareja. Y la pareja en el más hondo sentido erótico inasexual. No Don Quijote y Dulcinea, ni Alonso Quijano y Aldonza Lorenzo, sino Don Quijote y Sancho, lo cóncavo femenino –aun en varón– y lo convexo masculino –aun en mujer–. Que se unen para engendrar un mundo espiritual. Porque Don Quijote y Sancho son la dualidad, son el diálogo. ¿Sin pueblo? ¿Sin masa? El pueblo son ellos. El pueblo cóncavo-convexo. Y en cierta guerra civil que les hace hacer lo que son. Sancho se azotó para desencantar a su amo, a su otro yo universal, y llegaron a luchar cuerpo a cuerpo. ¡Abismático paisaje! Vivamos, pues la hora que es vivir la eternidad.

Reconquista, Renacimiento, Reforma - Contra-Reforma - Revolución - Contra-Revolución - liberalismo, individualismo.

¿Y comunismo? El español comunista será individualista. Que por algo en España se habla de comunismo libertario, cóncavo-convexo. A alguien le parece esto un absurdo; y no hago caso porque ya estoy acostumbrado a oír a los que no entienden<sup>19</sup>.

Partimos a la conquista del mundo que es ir a ser conquistados por él. A crearnos un imperio ideal y eterno en la tierra y en el tiempo.

Y este Colegio español en Francia se ha hecho para conquistar –siquiera en parte– a franceses al habla española y con ello, ¡Claro está! a que españoles sean a su vez conquistados al habla francesa. Que sólo mediante esta conquista recíproca se llega a la verdadera universalidad que está por encima de lo que no es común a todos, que está en lo que lo mejor nuestro –lo eterno nuestro– quiere ser aún sin lograrlo. Hagámonos lo que somos en la mente divina, en la historia eterna, ya que la temporal no es sino el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres, de Dios que piensa en nosotros y por nosotros, en los españoles y en España y en castellano.

19. Sobre Unamuno y el comunismo, véase mi artículo, ROBLES, Laureano, «Unamuno y la Revolución de Octubre», en: *El Basilisco* (Oviedo), 2ª época, nº 6, julio-agosto 1990, pp. 49-52.

«Conócete a ti mismo» se ha dicho a individuos y a pueblos. Y Carlyle<sup>20</sup>: «conoce tu obra y llévala a cabo; tú mismo eres inconocible». ¿Pero qué es mi obra sino yo mismo para siempre? Y os digo: «conoce a tu prójimo, tu espejo vivo y en él te conocerás». Uno no puede ver su propia mirada; se trata de la mirada; no de los ojos. Uno no puede ver su propia mirada; en la del prójimo la ve y se ve.

¿Que no nos conoce el prójimo, individuo o pueblo? No, que no nos conocemos. Tampoco nos enteramos de nosotros mismos, no. Hay que conocer a otro, pero sin empeño y amistad.

Y sobre todo nos conoceremos en el espejo espiritual de nuestra alma: en el habla. El habla no ya con su acento y su tono, sino con su timbre. El nuestro, un timbre pirenaico, de las entrañas de esos Pirineos, que nos unen separándonos, cóncavo-convexos también. Os lo dice un vasco, un español, un europeo occidental –y oriental– universal. Os lo digo yo, un hombre. Y me lo dicta nuestra criatura y Creador, el que nos piensa al pensarlo nosotros. Los españoles lo pensamos en español universal. Yo creo que esto de tratar de conocer al prójimo, no a sí mismo, el prójimo, es la única manera de llegar a conocerse bien a sí mismo. Tal es nuestra religión íntima y universal, mística y católica en el sentido estricto de esta palabra, no en el corriente del vulgo. Y puede ser hasta atea, que hay un ateísmo místico y católico. «Yo para Dios, Dios para mí y no más mundo», dijo nuestro Fray Juan de los Ángeles. ¿«No más mundo»? pero es ya todo un mundo, mejor: nada menos que todo un universo. Cuya entrada nos abre nuestra habla universal. A cada creyente la suya.

Sentiría, amigos míos, que estas cosas escritas improvisadamente después de haberlas pensado muchos años –porque se habla de nuestros grandes improvisadores, hasta los pintores improvisan en la ejecución de sus obras no obstante que muchas las han pensado, sentido, desde largo tiempo y llegan a plasmarlas a veces en un momento– sentiría que estas cosas resultaran por una parte demasiado densas y por otra parte demasiado subjetivas. Una porción de veces, mientras estaba leyendo en parte y en parte glosando, he tenido que ir recogiénolas. Me subían del fondo del alma una porción de cosas, de recuerdos de mi niñez, recuerdos de mis luchas en España, recuerdos de todo lo que he sufrido gozando y de todo lo que he gozado sufriendo estas cosas. No quiero juzgarlas, porque al llegar a cierta edad, difícilmente contiene uno el corazón. Ahora me pasa como a las frutas que se pasan; pero cuando se pasan es cuando son más dulces, más jugosas. Que esto despierte en vosotros algunas inquietudes y un amor a esta obra común, que estamos todos emprendiendo. Yo por ley natural un día habré de desaparecer de esta cosa superficial. Dios sabe, si lo sabe, para ir dónde. Un día habré de desaparecer para ir al sueño eterno: moriré, pero esta obra no morirá, no por el valor que yo le dé, sino porque la continuaréis vosotros. Mis mejores cosas, habréis de decir, son las que hoy se están formando.

MIGUEL DE UNAMUNO

20. Thomas Carlyle, nació en Ecclefechan, Escocia 1795, y † en Londres 1881. Como es sabido Unamuno tradujo sus obras al castellano, cf. Robles, Laureano, «Unamuno traductor de Th. Carlyle», en: *Daimon* (Murcia), nº 10 (1995) 7-22.





